

Predominio de una serie de lugares comunes "cientifizados"

Modernidad, identidad y desarrollo

María Lucía Sotomayor (compiladora)

Instituto Colombiano

de Antropología, Colciencias, Bogotá,

1998. 444 págs.

En el XLIX Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Quito en 1997, se desarrolló un simposio sobre el tema ¿Cómo entender la Colombia de hoy? Las ponencias presentadas a dicho simposio, elaboradas por antropólogos colombianos y de otros países, constituyen el material del libro que comentamos. Teniendo en cuenta el número de ponencias publicadas, un total de veintiséis, a lo que hay que agregar cuatro breves comentarios que aparecen al final del texto, es muy difícil elaborar una reseña sistemática, considerando la distinta calidad de las ponencias y su desigual nivel de elaboración y exposición. Pero, a pesar de esas diferencias, se pueden bosquejar algunos grandes problemas que señalan las características asumidas por las ciencias sociales en Colombia y, en este caso particular, por la antropología.



Salvo casos aislados y excepcionales, en *Modernidad, identidad y desarrollo* se observa el predominio de una serie de lugares comunes

"cientifizados" que hoy son la comidilla en los círculos académicos e intelectuales, con respecto a los cuales hay muy poca distancia crítica. Algunos de esos lugares comunes incluso se convirtieron en el eje del libro, compuesto por un conjunto disperso de ponencias, muchas de las cuales son informes de investigación poco rigurosos y muy superficiales. Tal vez el lugar común predominante es aquel que afirma, casi un decenio después, que la Constitución de 1991 marca una ruptura trascendental en la historia colombiana y que con ella se da paso a una "nueva sociedad civil" (según Joanne Rappaport, pág. 431), así como expresa la consolidación de un nuevo tipo de hegemonía del Estado, al margen del cual sólo quedaron unos cuantos remisos (Margarita Chávez, págs. 278-279). Que en la actualidad, después de toda el agua que ha pasado bajo los puentes, un conjunto de investigadores sigan sosteniendo este sofisma es sintomático del grado de alienación a que han llegado las ciencias sociales en nuestro medio, que al parecer se niegan a considerar la dura y conflictiva realidad que se vive cotidianamente en campos y ciudades. Eso del surgimiento de una "nueva sociedad civil" es bastante cuestionable, si se tiene en cuenta que aquí nunca ha existido ni siquiera una "vieja" sociedad civil y que la tan alabada "nueva" se reduce a la presencia de los gremios económicos que agrupan a fracciones de las clases dominantes, a ONG formadas por intelectuales en busca de protagonismo y, sobre todo, de recursos económicos, y a políticos de los partidos tradicionales en plan de remozar su deteriorada imagen. Además, esa idea de la "sociedad civil" se acompaña de la imagen de la ausencia de conflictos o de su atenuación por la vía de los canales institucionales del Estado. Por eso no es sorprendente que en varias partes del libro se exalte el supuesto cambio del Estado colombiano, que ya no privilegiaría la represión sino el consenso pacífico y democrático (Margarita Chávez, pág. 279). En cuanto a este tema, al

parecer los antropólogos están hablando de otro país, pues en Colombia para nada ha variado la esencia represiva y antidemocrática del Estado y del sistema político, como lo demuestran los informes de los organismos internacionales de derechos humanos, para no hablar de otros indicadores que se refieren nítidamente al tipo de "democracia" en que vivimos.

Se supone que la mayor parte de los trabajos asumen este punto de vista por la sencilla razón de que en la Constitución de 1991 se hace un reconocimiento explícito de la autonomía de los grupos étnicos (indígenas y negros). En forma alegre se piensa que el mero reconocimiento jurídico ya es suficiente para hablar del carácter democrático y multicultural de la sociedad colombiana, como se puede ver en algunas ponencias que se concentran en la explicación de la nueva legislación emanada de la reforma constitucional de comienzos de la década de 1990. Son muy pocas las voces que están en contra de este otro lugar común, que afirma con vehemencia la conquista de espacios democráticos por parte de los grupos étnicos y no considera los antecedentes de la propia lucha indígena durante las décadas de 1970 y 1980 (tal vez con la excepción del trabajo de Myriam Amparo Espinoza, págs. 111-130), ni las nuevas estrategias de dominación del capital nacional e internacional que se plasman en las Constituciones neoliberales de los últimos años en América Latina. Desde luego, también hay voces discordantes con esta postura dominante, como es el caso de Jean Jackson, quien en su ponencia sobre el Vaupés sostiene que estamos asistiendo a una nueva forma de dominación por parte del Estado colombiano (de la misma forma como acontece en otros lugares de América Latina), que con su discurso descentralista ha cooptado a fuerzas que antes se caracterizaban por su radicalidad ante el Estado, como era el caso de una parte de los indígenas colombianos (pág. 287). Con razón, y contra la corriente que predomina entre los antro-

pólogos, esta autora habla de la “quimera de la autonomía étnica” como parte de una estrategia de modernización capitalista absorbente de los tipos de organización que hasta ahora no habían sido por completo occidentalizados. Según esta autora, este proyecto limitado de autonomía ha sido exitoso, puesto que los grupos étnicos lo han asumido al pie de la letra sin criticarlo ni combatirlo. Así, se ha caído tanto en el “fetichismo de la ley” (pág. 306) por parte de los líderes indígenas colombianos, como en la negación de los peligros que la expansión capitalista acarrea para los grupos étnicos: “es como si el prefijo *etno* borrara [...] la amenaza de la expansión de la hegemonía capitalista occidental” (pág. 307).



Otros lugares comunes convertidos en verdades se dejan ver a lo largo del libro. Se acepta de manera acrítica el paradigma de la globalización, sin ni siquiera entrar a considerar su grado de elaboración para entender el mundo actual, y mucho menos, por supuesto, los intereses imperiales que se esconden tras su empleo generalizado como una especie de “ley de la gravedad social”. Como resultado se aceptan sin ningún tipo de discusión las tesis sobre la hibridación cultural, sin considerar las viejas y nuevas formas de etnocidio y transculturación, como si estas prácticas hubieran desapa-

recido en el mundo actual para dar paso a una “hibridación” gaseosa y abstracta en la que participarían por igual y con la misma eficacia los pobladores locales y los medios de comunicación de masas. Es decir, la noche en que todos los gatos son pardos y todos podemos acceder a los bienes culturales —y negociarlos— que la “globalización” nos proporciona en forma democrática. Esta manera apologética de acercarse a la globalización es propia del “culturalismo” que desconoce —como antaño el economicismo, que miraba de manera reduccionista la realidad social—, la interacción de diferentes factores como una manera más idónea de comprender una sociedad. Esto se debe, en buena parte, al desconocimiento de la importancia de la crítica de la economía política para poder entender el mundo contemporáneo y en particular la tan manida globalización. Esta carencia es tan notoria en la casi totalidad de los artículos de este libro que Arturo Escobar, en su comentario final, lo señala de manera explícita (pág. 427). Y eso también se puede ver en el uso reiterado de la noción etérea de ‘economía de mercado’, como si en Colombia no se estuviera presentando el proceso de expansión capitalista (incluso de capitales mafiosos) o de intereses imperialistas por apropiarse, para señalar sólo un ejemplo, de la biodiversidad.

Otro de los lugares comunes que dominan el texto es el de la ampliación de la democracia con el concurso de “nuevos sujetos sociales”, entre los cuales se incluye en primer lugar a las ONG. Salvo la excepción del excelente ensayo de César Perafán y Claudia Pabón sobre el tipo de desarrollo predominante en la Sierra Nevada de Santa Marta, lo demás son cantos de alabanza a la supuesta democratización de la sociedad colombiana y al papel protagónico desempeñado por las ONG. Hay un reiterado silencio sobre el papel que estas organizaciones cumplen en hacer domesticable el proyecto neoliberal mediante la descentralización y el abandono de las funciones del Estado en materia de

educación, salud, seguridad social, etcétera, y en el rol que cumplen con respecto a una concepción “clientelista” de desarrollo (pág. 202). Como lo plantean claramente Carlos Perafán y Claudia Pabón, las ONG no generan una perspectiva crítica con respecto al desarrollo sino que “aparecen como factores de la perpetuación del episteme de desarrollo-progreso y de la verticalidad, a la cual, como parte dominante, pertenecen y cuya situación, a partir de este *quid pro quo*, perpetúan” (pág. 203). Es decir, que en la práctica, cuando se baja de la nebulosa de los discursos apologéticos sobre la democracia participativa y la “nueva sociedad civil”, en la cual las ONG desempeñan un supuesto papel de avanzada, encontramos que sucede lo contrario, pues esas instituciones no hacen sino reproducir los patrones dominantes en cuestiones de desarrollo y no, precisamente, respetando la democracia de las comunidades.



Otro lugar común que se nota en el libro es una aparente sofisticación teórica, lista a captar las modas intelectuales dominantes en los centros imperiales. Con muy notables excepciones en las que se aprecia un gran equilibrio entre el análisis teórico y la contrastación empírica (como en el artículo sobre los “modelos de adaptación o culpabilidad”, págs. 187-223), lo que se observa en la mayor parte de ponencias es un afán esnobista de citar autores posmodernos y poscoloniales de manera acrítica, como para mostrar

una muy dudosa actualización teórica, ya que en muchas ocasiones lo único que se capta es un intento de "descrestar" con citas innecesarias y en muchos casos inaplicables a los problemas planteados. Este esnobismo se capta en artículos tales como el relacionado con el "Estado corporizado" (págs. 239-253) o en el de "Las marchas de los coccaleros en el Amazonas" (págs. 257-272), en el que debería haberse estudiado a fondo los móviles y razones del movimiento antes que buscar pistas teóricas en las *vedettes* intelectuales de los "nuevos movimientos sociales", cuya exposición ocupa la mayor parte del artículo, sin que en definitiva se entienda qué aconteció con las marchas de los coccaleros. Esta recepción acrítica de los estudios poscoloniales y subalternos, así como de las modas posmodernas, es una buena muestra de nuestra dependencia cultural y del "colonialismo intelectual" que ejercen los centros metropolitanos, aunque de eso nadie hable en el día de hoy. Porque, y esto es curioso, el influjo de los estudios poscoloniales y subalternos no llegó por la vía de la India —donde surgieron— sino por la vía de Estados Unidos, en donde se han impuesto como moda en los últimos años. Además, resulta discutible aplicar los elementos teóricos y metodológicos de la poscolonialidad a una realidad completamente distinta de la de India o África, como lo es la de Colombia y América Latina en general, ya que esto significa nada más ni nada menos que negar la propia historicidad de una región o de un país. No se trata, por supuesto, de enconcharse en un chovinismo intelectual negándose a considerar las propuestas teóricas y metodológicas que provienen de otros horizontes culturales (como el de las universidades norteamericanas y europeas), pero tampoco en aceptar sin ningún tipo de circunspección ni reserva crítica las modas intelectuales que vienen del norte, que en estos instantes se enmarcan dentro de las estrategias de dominación neoliberales y posmodernas propias de la expansión

orbital del capitalismo. En el plano del conocimiento estamos asistiendo no a la "globalización democrática" de los bienes culturales y del saber —como se nos repite a diario— sino a una nueva colonización de los espíritus y, en primer lugar, de los intelectuales e investigadores.



Por todo esto nos parecen bastante optimistas las conclusiones del estudio, en el sentido de que con este libro se está contribuyendo a la formación de un pensamiento teórico propio en la antropología colombiana (págs. 443-444). Esta meta, que debería ser el objetivo de una ciencia social no colonizada, no se visualiza en general en el libro considerado, a pesar de que existan unas interesantes aunque aisladas contribuciones sobre el estudio de la identidad y sus transformaciones en el mundo actual. Pero, en términos generales, por la falta de distancia crítica frente a la Constitución de 1991, al paradigma de la "globalización", al neoliberalismo, a las ONG, a las políticas imperiales de Estados Unidos —hoy más que nunca necesaria para entender lo que es este país—, es muy difícil reconocer que este libro pueda ser una contribución duradera a la constitución de una antropología teórica en Colombia. Al contrario, nos parece que al observar este libro se confirman las palabras del lamentado

Darcy Ribeiro, cuando afirmaba que "tenemos una intelectualidad fútil, más propensa a buscar las remuneraciones de las multinacionales o las prebendas del Estado que a pensar y luchar por definir el proyecto latinoamericano".

RENAN VEGA CANTOR

Lo mítico, lo simbólico, lo sagrado

Los hijos de la gran diosa.
Psicología analítica. Mito y violencia
Marta Cecilia Vélez Saldarriaga
Editorial Universidad de Antioquia,
Medellín, 1999, 419 págs.

En la introducción de su libro *Los hijos de la gran diosa*, la profesora Marta Cecilia Vélez S. expone las bases de su contenido a partir de la psicología analítica, nacida a su vez del método psicoanalítico establecido por el psicólogo suizo Carl Gustav Jung, quien descubrió el importante papel que desempeñan en la configuración psíquica del ser humano aspectos tales como los mitos, las tradiciones, el saber primigenio y las religiones místicas.

